

INALCANZABLE

Hoy por hoy, si me pregunto qué emoción me provoca el Aikido, sin duda alguna es la fascinación. Asumir este arte marcial en toda su complejidad me parece una tarea harto difícil de culminar, lo cual me provoca un gran sentimiento de asombro que no ha decrecido ni un gramo después de tantos años entrenando e impartiendo clase. Al contrario, el respeto que le profeso crece día tras día, llenándome de admiración ante su profundidad.

Así lo siento y así intento trasmitirlo. Tarea complicada cuando muchas personas conciben la existencia como un estado de cosas perturbado en el que hay que poner orden.

La mente amaestrada, poco intuitiva y necesitada de autoestima cree que la vida es injusta, especialmente para uno mismo, pero se olvida que la realización y el bienestar personal dependen también del grado de armonía de nuestro entorno. El ser humano es un ente social e interdependiente, olvidarlo nos lleva a la incomprensión, el egoísmo y la soledad.

Prueba de ello son estos tiempos donde es prioritario armonizar el mundo si queremos evitar su colapso. La sociedad tiende al individualismo, los lazos afectivos y sociales son vistos como limitadores de la libertad personal y sin embargo, reclamamos justicia como si esta fuera un producto nacido de la misma tierra, cuando en realidad es un invento humano, y por tanto caprichoso e inestable como la misma mente que lo creó. Olvidamos con extrema facilidad que para cambiar el mundo, primero debemos reciclarnos nosotros mismos, lo que nos obliga a dedicar un gran esfuerzo y desarrollar un firme propósito.

A pesar que tendemos a dar valor a aquellas cosas que hemos logrado con gran esfuerzo, el aprecio y el afecto que sentimos unos por otros no requiere una gran inversión material, solo tiempo. Cuando las personas que conocemos y el entorno donde vivimos nos importan realmente es porque utilizamos una habilidad cognitiva que se encuadra en las bases del Aikido como un concepto clave de su filosofía. Me refiero a la empatía. Sin ella, es imposible hacer Aikido y otras muchas cosas. Se podrán practicar decenas de artes marciales y disciplinas divertidas, tradicionales, eficaces o incluso trascendentales, pero lo cierto es que existen muy pocas que intenten mejorar el mundo mediante la madurez de sus practicantes. Las visiones suelen ser parciales y en base a objetivos concretos o personalizados. Sin embargo, lo que aporta el Aikido es la visión holística, integrada en el devenir humano.

El superioridad técnica, la prepotencia productiva o la visión lucrativa no deben ser los principales valores que fuercen a mover la persona hacia el bienestar puesto que son producto de una visión utilitarista del entorno, es decir; el ser humano como rey, amo y señor de la naturaleza, lo cual es una aberración que nos condena a la destrucción de nuestro ecosistema y la autoextinción como especie. Y como especie, no debemos olvidar que la naturaleza no está frente al ser humano sino que éste es parte sustancial de la misma.

Igualmente, vernos a nosotros mismos como un producto susceptible de ser mejorado delata el desconcierto en el que nos encontramos anímicamente.

Asombrosamente, la naturaleza es tozuda y sigue ofreciéndonos una oportunidad tras otra, intentando que rectifiquemos nuestra actitud. La clave, evidentemente, está en aprender de nuestros errores, pero aún así, seguimos creyendo que el triunfo consiste en llegar a la meta marcada.

Quizás algún día reconoceremos que no somos inmunes a nuestra propia condición efímera y aceptaremos mirar bajo nuestros pies con la intención de saber que hemos pisado camino de nuestro destino mortal. Es posible que entonces nos detengamos un momento, miremos a nuestro alrededor y acaso la urgencia ya no sea tanta, pero eso es solo posible desde un adiestramiento Aiki. Es decir, de armonización, o si se quiere de equilibrio entre lo material y lo espiritual.

Al nombrar la palabra “equilibrio” no me refiero exclusivamente como concepto físico y psíquico, también hay que tener presente la dualidad de la que está hecha la existencia: el yin y el yang y su interdependencia. Puesto que nada ni nadie es del todo una sola cosa, el universo entero esta construido con una gama infinita de matices que sólo somos capaces de intuir y ciertamente, el ser humano, la mente humana, no es una excepción. Aún así, la tentación de alcanzar la certeza y seguridad absolutas nos acosa desde el primer día de vida; una quimera imposible de cumplir.

Cuando en Aikido se habla de conceptos tales como irimi o tenkan, no solo se describe un tipo de desplazamiento; además se está haciendo referencia a una forma de reaccionar ante los avatares de la vida y ello, aunque se acepta teóricamente, es muy difícil de integrar en el carácter de la persona. Esto se entiende cuando descubrimos como algunas personas son capaces de reaccionar de forma armonizada y sincera consigo mismas, sin autoengañarse ante los sucesos y circunstancias que se les presentan en su vidas. Dicho de otro modo: practican el arte de vivir sean cuales sean los acontecimientos que se encuentren.

Hacer Aikido no es una meta inalcanzable, simplemente es una práctica para aprender el arte de vivir. El arte de vivir marcialmente.

Jaume Segura.
Instructor de Aikido.
Julio 2014.